

Identidad y Sujetos emergentes: Entre el espacio social y el acontecer de lo cotidiano.

Avance de investigación en curso

GT 08: Desigualdad, vulnerabilidad y exclusión social

Alonso Salinas Tetelboin
Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones
Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco

Resumen:

El trabajo informal en las calles es un fenómeno muy diverso. El foco de esta ponencia está en sujetos que desarrollan alguna actividad que compromete el recurso del cuerpo y la manipulación de objetos (malabarismo, equilibrios y performance). Son sujetos que ocupan y se apropian de esquinas con semáforo, -sur de Ciudad de México- procurando la recreación de un espacio laboral, buscando solventar necesidades diversas, ¿a falta de otras posibilidades? Desde la Psicología Social (Montero, 1996) el interés está en escudriñar vínculos subjetivos que atañen a lo social/histórico a partir de significaciones y análisis de discurso de los sujetos (Baeza, 2003), posibilitando su problematización como fenómeno social, invisibilizado como cuestión pública, naturalizado por la ciudadanía y escasamente percibido en la reflexión académica.

Palabras clave: Espacio Público, Subjetividad, Trabajo, Necesidades, Recursos, Informalidad, Creatividad

1. Sujetos y labores emergentes: Entre el espacio social y el acontecer de lo cotidiano

Imaginémoslo del siguiente modo: Caminando sobre avenida División del Norte, escuchas el murmullo urbano que con frecuencia se caracteriza por una violencia audible. Sin ser una de las avenidas más grandes, es muy concurrida y tiende a saturarse en horarios cada vez más extendidos. El ánimo se suma a la corriente de aquella impaciencia que pulula por las calles. Se siente el frenesí social, el movimiento de la ciudad. Tras el sonido de una bocina insistente, levantas la mirada y a un costado de la acera ves a los automóviles desfilar lentamente hasta detenerse frente al semáforo en rojo, formando tres hileras en espera de volver a transitar. Los automovilistas con la vista de frente, con cronométrica atención del tiempo; la mujer que coquetea con su reflejo en el espejo retrovisor; el oficinista con la mirada en la nada, la atención, no obstante, fija hacia dentro de sí mismo, repasando lo que todavía no sucede, aquello que fue olvidado, esperando con atención el instante lejano para poder avanzar para no sumar un retardo en el trabajo; un joven tarareando la canción que suena en el radio; otros acompañados, la familia, los amigos, compañeros de trabajo, desconocidos que comparten el interior de un pesero (una micro) y que de forma casi accidental intercambian miradas, o con una sincronía casi imperceptible que balancea sus cuerpos en aquél vaivén provocado por el movimiento a veces brusco del trolebús; aquella suerte de complicidad, a veces silenciosa y otras más reveladoras entre el pasajero y el conductor al interior del taxi, permitiéndose o no cualquier tipo de interlocución; aquél contacto posible entre las personas, delimitado por la coraza vehicular: el de la camioneta que pregunta cómo llegar a la Central de Abastos, el de atrás que le pide al de la derecha el paso, quien sin verlo se pega al auto de adelante respondiendo con una negativa a su petición. El de la moto que aventaja el avance por los espacios que se abren entre un auto y otro hasta desaparecer del cuadro.

En el cruce, al interior de un incesante flujo vial y de imaginarios inercialmente aislados en el acontecer cotidiano, de forma precaria se hace manifiesto y perceptible un fenómeno más estable con finalidades económicas. Una diversidad de recursos, alternativas y formas de intercambio por parte de sujetos que cotidianamente intervienen las esquinas y semáforos, desarrollando alguna actividad, buscando que sea remunerable: por algún producto, por algún servicio, por alguna convicción ideológica o afiliación moral, u otras formas de expresión intercambiables y comerciadas dirigidas para aquellos quienes ocupan ese espacio como tránsito. El vendedor de dulces y cigarros, el menonita que vende queso, el vendedor de flores, el vendedor de limpia parabrisas y el que los limpia, el que pide cooperación voluntaria para apoyar alguna fundación y el que la pide para sí mismo, el voceador, etc.

Estas formas de convivencia y ordenamiento, corroboran una tendiente estratificación social. Están aquellos quienes utilizan el cruce y el semáforo como lugar de tránsito y aquellos quienes lo utilizan como espacio laborable. Las adecuaciones simbólicas y espaciales de la vía pública, por parte de estos sujetos, contribuyen a trastocar los sentidos de la cotidianidad en la calle, develando una coyuntura socio económica desigual entre los habitantes de la ciudad.

El interés de la presente ponencia gira en torno a la necesidad de una reflexión sobre aquellos sujetos que ocupan y se apropian de las esquinas con semáforo, procurando la recreación de un espacio laboral, buscando solventar necesidades diversas. Ciudad de México, como reflejo de las sociedades latinoamericanas del presente tiempo histórico, es un ejemplo de este fenómeno social, invisibilizado como cuestión pública, naturalizado por la ciudadanía y escasamente percibido en la reflexión académica.

Lo que interesa es poder indagar desde lo subjetivo aquello que atañe a una problemática social (Baeza, 2003) contextualizado por el entorno laboral al que se circunscriben los sujetos. La problemática que refiere al trabajo informal/ precario, observada a través de actividades remunerables en los semáforos.

La presente ponencia, se presenta bajo la categoría de “avance de investigación en curso”. La reflexión y problematización que aquí se presenta, están referidas a aquellos campos de relevancia en los que el sujeto/objeto de la investigación se encuentra implicado, en aras de una construcción social del fenómeno, en el siguiente orden: el espacio público y la vida cotidiana, el trabajo informal en relación con procesos subjetivos, de supervivencia y de creación.

Al interior de la diversidad de actividades y sujetos enmarcados en los cruces, interesan particularmente, como ejes de análisis y como pivotes de una circunstancia social, aquellos que desarrollan alguna actividad que compromete el recurso del cuerpo como medio de consecución para determinados fines, principalmente económicos. Los equilibrios, performance y/o la manipulación de objetos, como el malabarismo, son las actividades que describirán en su quehacer al sujeto, a través de lo cual plantea su inserción social, laboral y subjetiva.

La premisa en que se apoya este estudio sostiene que los linderos entre necesidad, supervivencia, procesos creativos, plasticidad y diversidad subjetiva, entretejen este fenómeno social, en el que subyace una problemática mayor de exclusión, marginación y discriminación.

¿Cuál es el sentido de lo cotidiano dentro de lo cual se expresa esta problemática que pasa desapercibida como fenómeno social por los ojos de la sociedad y del Estado? A la fundamentación y exposición de esta problemática apunta el contenido de la investigación.

A pesar de la precariedad de condiciones y recursos materiales limitados, en el sujeto se instaura una reconsideración de los recursos subjetivos primordiales, potenciando su capacidad resiliente. Se utiliza este concepto como “...la capacidad del sujeto, o de un grupo para desarrollarse bien, para seguir proyectándose en el futuro a pesar de acontecimientos desestabilizadores, de condiciones de vida difíciles y de traumas a veces graves...” (Manciaux, 2005. p.22) En este caso, la

adversidad está referida a una circunstancia socioeconómica, enmarcada en un modelo neoliberal, que desprotege a una mayoría de un bienestar social.

La problematización de este fenómeno, parte de la referencia de sujetos enmarcados en características similares, exclusivamente en lo que refiere a su quehacer en el semáforo, alrededor de los siguientes ejes tangenciales: El espacio público y la economía informal.

Se plantea entonces como cuestión latente y motor de la investigación, la coexistencia de expresiones de necesidad y de procesos creativos en el contexto del semáforo. Desde lo singular se alcanza a percibir, no obstante la precariedad de condiciones laborales que corrobora “expresiones de necesidad”, algunos rasgos que apuntan hacia procesos creativos; Desde lo social, también tratándose de una expresión precaria y de necesidad, se teje una adecuación del espacio del semáforo, como proceso histórico y creativo, en el imaginario de quienes lo ocupan y transitan.

En tal sentido, la dilucidación del fenómeno (desde la mirada de esta ponencia) está contemplada por variables psicosociales. Lo subjetivo y lo social, se articulan y contribuyen a dimensionar este fenómeno urbano, en el contexto y la cotidianeidad de la calle.

2. La calle: un espacio a reflexionar

La pregunta por la cotidianeidad entorno a este fenómeno urbano, direcciona la mirada hacia el espacio público, como escenario al que se circunscriben los sujetos que han debido adecuarlo como espacio laborable. Lo cotidiano ya devela una polarización entre los sujetos y un desajuste entre las condiciones de inserción de unos y otros.

Las calles y espacios de la ciudad arrojan estructuralmente al movimiento urbano. Bajo el esquema de una disposición urbanista, planificada para la circulación y el ordenamiento vehicular, la socialización se pone en juego: desde la historicidad del sujeto y los códigos ético-morales instituidos; desde la estratificación establecida por el orden económico, posicionando al sujeto en un lugar muy definido con respecto a su entorno social; desde el diálogo intersubjetivo posible en que se alternan aspectos individuales, colectivos, culturales y otros referentes psicosociales. La vida y movilidad en las calles y espacios públicos, se desarrolla a través de múltiples manifestaciones sociales.

La vorágine que representa el flujo social, en la calle, nos lleva a pensar los conceptos de espacio y lugares. Certeau (2000), plantea que un lugar “es el orden...según el cual se distribuyen elementos en relaciones de coexistencia...se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio. Ahí impera la ley de lo propio... Es una configuración instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad.” Y plantea que hay espacio en la medida en que se conciben “vectores de dirección, cantidades de velocidad y la variable del tiempo... es un cruzamiento de movilidades...está animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan”. Establece que “el espacio es un lugar practicado”. (p.126)

Esto nos sugiere advertir distinciones al interior de un sitio dado y nos lleva a pensar que estos sujetos en el semáforo, así como el resto de las movilidades socio espaciales, caracterizan al lugar del semáforo como espacio. En síntesis, es este flujo del que hablamos lo que le confiere atribuciones de espacio.

Otra referencia que resulta significativa como característica socio espacial es el concepto de “no-lugar”, término acuñado por Augé (2000) para referirse a aquellos espacios del anonimato, de confluencia de anonimatos, en los que difícilmente se siguen rastros identitarios singulares, pues corresponden a “lugares” de paso, de tránsito. Se trata pues de un espacio que apunta hacia la atomización, dificultando la fluidez del contacto y en general del acontecer social urbano. Como ejemplo de un no-lugar, podríamos incluir el espacio del semáforo, el de las esquinas.

Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como

histórico, definirá un no lugar. La hipótesis aquí defendida es que la sobremodernidad es productora de no lugares, de espacios que no son en sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad baudeleriana, no integran los lugares antiguos: éstos, catalogados, clasificados y promovidos a la categoría de "lugares" de memoria", ocupan allí un lugar circunscripto y específico.(p.83)

Analógicamente a "los no lugares", podemos pensar a estos sujetos como anónimos del espacio practicado. No obstante la presencia cotidiana y pública de estos sujetos en los semáforos, se trata de personajes sociales que a la vista de todos pasan fácilmente desapercibidos. Se trata de una presencia anónima, al interior de un fenómeno invisibilizado y naturalizado por la sociedad. Su presencia es común al paisaje urbano. Sin embargo, a diferencia de lo planteado por Marc Augé, sí podemos acceder a ellos, en un sentido antropológico, desde su quehacer y el arraigo del mismo, a través del tiempo en el espacio del semáforo.

Una dilucidación de lo cotidiano a través de estos actores sociales desde su quehacer y en relación con la calle, no concibe a los sujetos en términos identitarios. No obstante, en la medida en que la permanencia en el espacio es mayor para algunos sujetos y la ocupación del mismo gira en torno a alguna actividad específica, se hacen manifiestos algunos rasgos subjetivos, de pertenencia, a través de la actividad que realizan. Reflejando una problemática en la que se hace manifiesta una circunstancia de inserción socioeconómica y un recurso que diversifica la esfera laboral.

La tendiente individualización, alimentada por una percepción apresurada del tiempo y el espacio compartidos entre diversos sujetos -desde una vista de lo cotidiano- y una tendiente aceleración de los procesos, deja en desfase a estas actividades laborales y a los sujetos que las realizan, quedando inercialmente en el anonimato. La necesidad casi obsesiva de la sociedad de ir empujados por el tiempo, estableciendo momentos específicos para las actividades y en general condicionando la ocupación compartida de los espacios, plantea de entrada, una circunstancia laboral adversa para estos sujetos del semáforo.

Se percibe una sociedad fragmentada desde distintos ángulos de lo cognoscible. Es un quiebre pautado por la tendencia global de la modernidad, dentro de la cuál (entendida bajo la óptica de una época) se producen formas de convivencia en el orden público, que rompen con ese criterio y sentido común de que el espacio es plural y pertenece a todos. El espacio público se muestra bajo el yugo de esta modernidad, cuya tendencia orilla a la distancia social, entendiendo esta última como todo aquello que genera desigualdad.

La luz roja del semáforo se planta al frente de un desfile de variados autos alineados en tres filas. Al cabo de unos instantes, un sujeto bajo de estatura y de cuerpo pesado, se balancea y baja del camellón, camina breves pasos sobre la calle y se detiene frente a una camioneta conducida por una joven madre que habla por teléfono al tiempo que voltea al asiento de atrás para decirle a su hijo que no grite. En el auto de al lado, el taxista oprime un botón para el banderazo inicial y espera que su nuevo acompañante le indique la ruta a seguir. Pegado a la banqueta, suben pasajeros que se comprimen al interior de un pesero con dirección a Calzada de Tlalpan. Mientras tanto, el primer sujeto se seca con un paño la gasolina que le escurre por la comisura de los labios, se acerca el mechero encendido (estopa anudada a la punta de un alambre) que lleva en la mano derecha, inclina levemente la cabeza cargándola hacia su costado izquierdo y súbitamente, escupe fuego por la boca. A través de los vidrios y por encima de los autos es como la gente se percata de su presencia, que a semejanza de la llama que se extingue, desaparece de la mirada impaciente de su espectador. Así, el semáforo que de forma sistemática cambia de color, el empleado del café "El Jarocho" del barrio de San Lucas que grita a su compañero -¡CHOCO TIBIO!-, el escupe fuego que hace acto de presencia, cada cual a un ritmo que se distingue de la inercia frenética del movimiento generalizado de la ciudad, dan cuenta de la estabilidad del acontecer cotidiano en esa esquina que no obstante el anonimato, es a través de la repetición que se confirma su existencia. Escupe fuego un par de veces más y se dirige con paso lento hacia los coches,

al cabo de dos desiste y habiendo conseguido alguna moneda, emprende su rumbo de vuelta al camellón.

3. La economía informal

El trabajo ha perdido ese componente que le caracterizó como un derecho. El trabajo, fuera de la regulación contractual mediada por la esfera estatal, así como otras necesidades sociales, como la salud y la educación, la vivienda, etcétera, pasaron a conformar el mundo de la “iniciativa individual”. La justificación ideológica de este nuevo formato sería digno de todo un estudio especialmente dedicado al tema. Mientras tanto, y para los efectos de una reflexión como la que aquí interesa, baste con señalar que en nuestra sociedades se ha puesto en marcha un nuevo concepto, el concepto de “libre elección”, que supuestamente garantiza la “libertad ciudadana”, es decir un nuevo concepto de ciudadanía y nuevos referentes en la construcción de la ciudadanía. En este contexto es el nuevo ciudadano que se constituye “libremente” de cara al mercado. Cada ciudadano tendría que “libremente”, sin coacción, en teoría, decidir y constituir el mundo de sus derechos, laborales, de salud, de educación, etcétera.

En tal contexto se ha impuesto un modelo en América Latina que se ha dado en llamar neoliberalismo. Para algunos autores como Meyer (1995) este modelo en la experiencia de México significó el establecimiento de mecanismo de subordinación a poderosos intereses externos, a través de mecanismos como el Tratado de Libre Comercio. Pero esa forma de apertura tuvo su condición endógena, toda vez que supuso que los problemas del mercado laboral se derivaban de sus rigideces, lo cual ha derivado en la expansión de criterios conducentes a la desregulación de las relaciones laborales. Al empleo asalariado relativamente permanente en nuestras sociedades, que mantuvo una tendencia hacia el crecimiento durante el largo período del llamado “Estado Benefactor” y de desarrollo hacia adentro, se fueron sustituyendo por otras “formas de ocupación, entre las que destacan el empleo por contratación temporal y el trabajo a tiempo parcial, así como la promoción del autoempleo” (Castillo, 2009. 9).

Ese proceso de apertura, de liberalización comercial, financiera y privatización, se articuló sobre la base de una política de flexibilización laboral que implicó, entre muchos otros fenómenos, un achicamiento del mercado para quienes viven del trabajo, mientras las inversiones, lejos de dirigirse hacia los terrenos productivos se encaminaron hacia la esfera financiera, buscando la ganancia rápida bajo el predominio del capital financiero y comercial. La implantación de estos criterios en la definición del rumbo de las economías ha coincidido con la formulación del Consenso de Washington, visión acuñada desde las economías desarrolladas Estados Unidos a la cabeza (Casilda, 2004). De allí la política de flexibilización laboral que a su turno también ha implicado, correlativamente, una modificación importante de aquellos criterios que fueron la base de lo que se entiende por derecho al trabajo. Al tiempo que se producía un agudo proceso de privatización, también en esto, la desregulación fue despojando al trabajo de sus beneficios sociales y jurídicamente establecidos. A partir de la década de los 70’s, la problemática de la calidad del empleo, ha llevado a la conceptualización de referentes de la economía para describir y asignar convenciones en el lenguaje académico y coloquial para nombrar este quiebre social con respecto al trabajo, cuya derivación formaliza los llamados “sector formal e informal”. (Castillo, 2009)

Cabe señalar lo incompleto del término en el sentido de que refiere una bipartición de la actividad económica, polarizando un fenómeno que responde a más de dos variables. No obstante la aportación conceptual histórica en torno a esta caracterización de la economía, que habrá que darle cause, se trata de una categorización que no incluye, hasta ahora, al sector informal dentro del trabajo precario. A partir de la década de los 80’s y en relación a la crisis económica, se reflejó una expansión de las actividades no asalariadas.

Mientras que el sector formal implica las prestaciones de los derechos laborales asociada a un contrato colectivo y a un sindicato; o bien, en la que el propietario de su propia fuerza de trabajo la vende para producir un producto o un servicio; o bien, trátase del ejercicio de actividades liberales sean profesionales o técnicas. La formalidad se caracteriza porque pone en relieve un molde económico y un modelo que ejerce presión sobre la actividad social desempeñada en los distintos espacios, estratos y singularidades de las clases y grupos que componen la llamada población económicamente activa, que en tanto sector laboral formal, permite la inclusión del sujeto en sociedad bajo determinadas condiciones de protección.

Se trata de la aplicación de un proyecto económico que ha contribuido a trastocar las características de la sociedad, sin haber superado los problemas previos. La imposibilidad de los gobiernos de generar políticas públicas centradas en el empleo, y la recreación de políticas focales y asistencialistas, incapaces de incluir a las minorías dentro de los estándares de la dignidad humana, producen la concentración de esta población en nuevos espacios, provocando una reconfiguración simbólica de los mismos.

A través de la historia pensar el amplio espectro de actividades económicas que se suscitan en la ciudad, nos lleva a una diversificación inasequible, que expresa, no obstante la precariedad del fenómeno laboral callejero, una paradójica riqueza cultural que caracteriza a la ciudad de México y se aproxima a referentes más globales dada una circunstancia que a lo largo del siglo pasado termino por definirse bajo la segregación del mundo en primero y en tercero, en países desarrollados y aquellos en vías de desarrollo, último de los cuáles enmarca la circunstancia social que define someramente lo que ocurre en sociedades como la mexicana, en cuanto a esta división entre el sector formal y el informal de la economía, dentro de la cual, los segundos quedan al margen de la sociedad. (Barbosa, 2008)

Esquinas y semáforos, como pasarelas que lucen la moda, que ha perdurado por varias décadas en los países que como México, han aplicado una política económica y social de corte neoliberal. Las adecuaciones del tránsito, en esta modernidad, transforman la esquina en un lugar de trabajo que configura un espacio (Certeau, 2000) en el cual se produce todo un proceso de creación por sus propios ocupantes.

Desde aquí se distinguen formas de inserción, con base en pautas de exclusión. La instauración de una economía bipartita, da lugar a este fenómeno callejero, como práctica característica del sector informal. Esta problemática social particular que trabajamos en torno al semáforo, se instaura bajo lo informal, o marginal a la economía. Se establecen entonces, dos vertientes subsecuentes, respecto de las cuales, los sujetos instaurados al interior de estas formas laborales, perciben ingresos, por salario, ya sea por trabajo realizado o por tiempo cumplido, de acuerdo mutuo entre el trabajador y el empleador ocasional; o bien, como una expresión de auto-empleo.

La informalidad en el semáforo, se sostiene al margen de cualquier regulación laboral. La enajenación es por un lado, debido a esta desregularización, limitada en el quehacer mismo, donde la máxima regulación laboral está supeditada a la ley de tránsito en lo que refiere a la calle como lugar, en yuxtaposición con una sub-ley tácita del espacio público tejida a través de sus ocupantes, de la forma en que se establecen las reglas y vínculos entre los que comparten el semáforo.

Se trata de un sujeto aislado, desprovisto institucionalmente, por lo que la evolución y profesionalización, o en su defecto, la alienación y precarización de su labor, dependerá de recursos personales históricos coadyuvantes. La autonomía y heteronomía se pone en juego a partir de los recursos institucionales, históricos y sociales provistos. En el contexto de este fenómeno, estos recursos son carentes.

Mientras que para algunos que laboran en el semáforo, está arraigado este potencial creador de una circunstancia que lo pueda desvincular de la marginalidad, para otros, el arraigo está dado por una circunstancia marginal, que por una serie de carencias sociales e institucionales en el sujeto, con condiciones limitadas para su desarrollo y un porvenir pautado y anclado a la consecución diaria de la

satisfacción de necesidades básicas, se ve limitado y apartado de un proceso creativo al interior de su práctica laboral y otros aspectos de su vida.

Para poder enmarcar lo heterogéneo de la informalidad, haré referencia a la postura estructuralista- marxista, que creo que en medida nos puede aproximar al tipo de informalidad al que se adscribe el fenómeno. A esta corriente se suman autores como Portes y Castells (1989) para quienes el sector informal se entiende como “todas aquellas actividades generadoras de ingreso, pero no reguladas, en un medio donde actividades similares lo están” (p.12), funcionando así como un apéndice de la economía, para absorber la mano de obra excedente en el mercado informal.

En tal sentido, el tipo de actividades realizadas por los sujetos de esta investigación, podrían perfectamente caer en otro contexto al del semáforo, encontrando que el uso del cuerpo sigue siendo su medio de consecución de determinados fines. La necesidad de recurrir al uso de herramientas psicocorporales, no es una característica que nos aclare –necesariamente- el panorama de inserción de los sujetos. Lo dilucidamos pues, a partir del contexto que enmarca al sujeto. En la calle, el semáforo pauta la entrada a escena del sujeto poniendo en juego un intercambio directo entre la oferta y la demanda económica, entre el trabajador del semáforo y el automovilista (espectador efímero), como manifestación que expresa una circunstancia social de desprotección; En la carpa o en el teatro, u otros escenarios institucionalizados “... La transición entre las realidades se señala con la subida y bajada del telón” (por ejemplo) “... Cuando se levanta el telón, el espectador se ve “ transportado a otro mundo”, que tiene significados propios, y a un orden que tendrá no mucho que ver con el orden de la vida cotidiana” (Berger y Luckman, 1968. p 41).

La circunstancia y el contexto de ejecución “escénica” en tanto que manifestación expresiva, será determinante para tejer una relación a/simétrica entre el ejecutante y el espectador. Mientras que en el semáforo la actividad por virtuosa que sea, es mediada por una relación desigual, vertical, sin regulación laboral, será constituida como marginal y precaria; Las condiciones en que se enmarca una actividad similar, al interior de un foro por ejemplo, se constituye y significa –bajo cierto cobijo institucional- como manifestación artística, estética, creativa.

4. La dialéctica de la expresión

En términos globales, las características del fenómeno callejero se sostienen entorno a manifestaciones enajenadas como consecuencia del modelo económico imperante, dificultando la emergencia de otras expresiones y su visibilización. Lo que predomina, son expresiones de necesidad frente a carencias institucionales y del Estado, reluciendo estrategias precarias frente a la adversidad, la falta de recursos y condiciones dignas de empleo.

Aún cuando la diversidad de actividades en el semáforo esté pautada por una necesidad económica y recursos limitados, es un fenómeno heterogéneo a decir de los sujetos quienes lo componen –de procedencias y circunstancias distintas-, de la actividad que realizan, del modo y del espacio público que intervengan.

Desde un sentido histórico, la apropiación del semáforo como recurso, responde también a un proceso creativo en el que sujetos han ido transformando a través de sus prácticas, el uso del espacio público. Resulta conveniente la esquina con semáforo, cuyo flujo intermitente, permite un intercambio efímero. Responde a las características de un espacio de comercio y como tal, ha sido redescubierto y está siendo adecuado como recurso disponible. La adecuación del semáforo como laborable, se instituye en el imaginario social como fenómeno común a la Ciudad de México y otras ciudades latinoamericanas.

Desde una perspectiva, estos sujetos reinventan su cotidiano desde rutinas efímeras, desde la repetición, como actos performáticos en un crucero, trastocando el sentido escénico y estético por el contexto dado, posibilitando sentidos que reafirman su identidad por medio de lo que hacen,

promoviendo a su vez, la re significación del espacio y el trabajo a través de estas expresiones “lúdicas” de la realidad.

Se trata de una manifestación sociocultural dentro de un contexto político y económico, haciendo distinguir dentro de una gama de traslados repetidos y alienados de una masa diseminada en las calles de esta ciudad hacia múltiples rumbos, ciertas manifestaciones “más estables” que dan cuenta de una repetición que aparentemente también responde a prácticas alienadas.

Una joven, con escueto maquillaje y cargando a su hijo en el rebozo, hace malabares con dos naranjas en el semáforo. Alguna vez fue niña de la calle y, con el paso del tiempo, ha debido elaborar estrategias para sobrellevar una vida carente de recursos. No obstante lo cual, se sale de la calle y ahora vive en un cuarto a las afueras de la ciudad, pagando una renta mínima que, aunque le representa un gasto importante, lo hace para tener a sus tres hijos bajo un techo. Se trata de una oposición de fuerzas. Una circunstancia social adversa, que le impide concretar la satisfacción de necesidades en plenitud, teniendo que volver a la calle, ya no para habitarla, pero aún (como cuando era niña) para intervenirla laboralmente. Se trata, en este caso, de una condición alienante y de una reproducción social de la experiencia subjetiva, cuya inserción laboral, revela una serie de precariedades como reflejo de una sociedad desigual.

Contraste.

Un joven, con vestuario sobrio, con discreción se planta al frente del semáforo y con un gesto entrenado con el que completa la caracterización de su personaje, despierta la curiosidad de algún automovilista. Se dispone a realizar el lanzamiento de tres clavos, al cabo de lo cual integra una cuarta y luego una quinta a una rutina de malabarismo que tiene comienzo, realización de algunos trucos y un final. Se despide con otro gesto y se pasea entre los autos buscando una moneda.

Con edad semejante, pero desde una circunstancia distinta al de la mujer, este joven ocupa el semáforo desde otro patrón de necesidades. Aún mostrándose el dinero como fin último, este sujeto se encuentra vinculado a la institución del circo contemporáneo, que aunque no tenga el cobijo de las instituciones sociales que garanticen su seguridad social, ha desarrollado un vínculo y pertenencia en el medio, que le provee la posibilidad de que lo que presenta en la esquina, forme parte de un ejercicio escénico, de una práctica técnica y de una rutina lúdica, con lo que se desenvuelve laboralmente en ese espacio desprotegido del semáforo.

La dificultad que implicaría hacer una taxonomía del semáforo, en la que los sujetos sean agrupados bajo determinados perfiles que los representen e identifiquen, me parece una tarea innecesaria. Hay muchos ejemplos y muy diversos que van tejiendo la trama compleja de este fenómeno callejero. La población que considera la adecuación del semáforo como laborable es cada vez mayor y más diversa. Sin importar la procedencia, esta reocupación de los espacios, refleja la desarticulación entre eslabones sociales, provocada por un desajuste económico.

La diversidad que representa, me sugiere una concepción del fenómeno como “dialéctica de la expresión”. Articula pues, procesos de creación y de alienación. La balanza coyuntural se inclina hacia la alienación. Sin embargo, según la historicidad del sujeto inserto en esta problemática y las significaciones con respecto a su quehacer, puede corresponder a un fenómeno que expresa también un potencial creativo, partiendo por la utilización del cuerpo y la reconfiguración del espacio como recursos.

El sujeto, sujeto del cuerpo, sujeto del lenguaje, sujeto de lo social, se encuentra “sujeto” por la economía. Establece vínculos para su ingreso en sociedad, desde parámetros coyunturales que le permitan la satisfacción de necesidades, comenzando por aquellas básicas, satisfechas en mayor o en menor medida, por medio de un intercambio, que bajo parámetros del modelo hegemónico, se traduce en expresiones como la que aquí se expone. De esta forma, la alimentación, la educación, la salud, y el

sentido que se le da al vivir, le será permitido al sujeto según las herramientas y recursos de que disponga, de referentes subjetivos e institucionales, logrando su inserción social. Por lo pronto, la palabra dinero se encuentra muy ligada a la palabra vida, supervivencia, vínculo, contrato, sociedad, y los sujetos buscan la forma que entre sus posibilidades, permita el mejor medio para su mejor retribución.

Bibliografía Consultada:

- Augé, M. (1996). El sentido de los otros. Tomo 80(C. Lacalle y J.L. Fecé, trads.) Barcelona, España: Paidós Básica. (Trabajo original publicado en 1994)
- Augé, M. (2000). Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. (M. Mizraji, trad). Barcelona, España: Gedisa Editorial (Trabajo original publicado en 1992)
- Berger, P y Luckman. (1968). Los fundamentos del conocimiento en la vida cotidiana. En la construcción social de la realidad. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Baeza, M.A. (2003). Imaginarios Sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica, de la serie Monografías. Concepción, Chile: Editorial Universidad de Concepción.
- Barbosa, M. (2008). El trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la Ciudad de México a comienzos del siglo XX. D.F., México: El Colegio de México/ UAM Cuajimalpa.
- Casilda, R. (2004). América Latina y el Consenso de Washington, en Boletín Económico de ICE, Número 2803.
En http://www.revistasice.com/cmsrevistasICE/pdfs/BICE_2803_19-38_4F750124143128257278CDB775B3F4F9.pdf
- Castells, M., Portes, A. y Benton, L. (1989) The informal economy. Studies in advanced and less developed countries. Baltimore, USA: The John Hopkins University Press.
- Castillo, D. (2009). Los nuevos trabajadores precarios. D.F., México: Universidad Autónoma del Estado de México/ Editorial Porrúa.
- Certeau, M. (2000). Artes de hacer. La invención de lo Cotidiano I. (A. Pescador). D.F., México: Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. (Trabajo original publicado en 1990).
- Comisión Económica para América Latina. (1990). Transformación productiva con equidad. Santiago, Chile. Primera Edición.
- Lefebvre, H. (1973). El derecho a la ciudad. Barcelona, España: Ed. Península.
- Manciaux, M., Vanistendael, S., Lecomte, J. y Cyrulnik, B. (2005). La resiliencia: estado de la cuestión. En M, Manciaux (comp.). La resiliencia: resistir y rehacerse (17-27). Barcelona, España: Gedisa Editorial.
- Meyer, L. (1995). Liberalismo autoritario. Las contradicciones del sistema político mexicano. México: Editorial Océano, Primera Edición. En <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/lecvmx011.html>
- Montero, M. (1996). Un paradigma para la Psicología Social. Reflexiones desde el quehacer en América Latina. Construcción y crítica sobre la Psicología Social. (M. Montero coordinadora). Barcelona, España: Editorial Antropos.